

1

HARPER

«Diez-putos-minutos».

No parecía mucho tiempo, pero mientras estaba sentada frente a Max King —más conocido como «el rey de Wall Street»—, y él leía en silencio el primer borrador de un informe que yo había elaborado sobre la industria textil en Bangladesh, me sentí como si estuviera pasando toda una vida.

Me obligué a resistir el impulso de volver a comportarme como cuando tenía catorce años y preguntarle qué le parecía. Miré a mi alrededor, tratando de encontrar otra cosa en la que fijarme.

El despacho de Max era exactamente igual que él: el aire acondicionado estaba a la temperatura media de un iglú; las paredes, techos y suelos poseían un blanco deslumbrante, lo que contribuía a crear aquel ambiente ártico; su escritorio era de cristal y acero, y el sol de Nueva York, que se filtraba a través de las persianas opacas, parecía intentar descongelar sin éxito la escarcha que se había instalado alrededor. Me espantaba. Cada vez que entraba en aquel lugar sentía la urgente necesidad de enseñarle mi sujetador o de ponerme a pintar las paredes con un labial de color rojo intenso. Era un lugar donde la diversión parecía no tener cabida.

El suspiro de Max hizo que fijara mi atención sobre el largo dedo índice con el que seguía la página de mi investigación. Negó con la cabeza. Mi corazón dio un vuelco mor-

tal. Sabía que impresionarlo sería una tarea imposible, pero eso no significaba que no esperara secretamente haberlo conseguido. Me había esforzado mucho en ese informe; era mi primera investigación para Max King y apenas había dormido, por lo que había tenido que trabajar el doble para no descuidar el resto de mis obligaciones en el trabajo. Había imprimido y había examinado todo lo que se había escrito sobre esa industria en la última década. Había analizado las estadísticas, tratando de encontrar patrones para sacar conclusiones. Luego había rebuscado en los archivos de King & Associates para tratar de dar con cualquier dato de las investigaciones previas que hubieran hecho sobre el tema y que pudiera explicar cualquier inconsistencia. Había cubierto bien todas las bases, ¿no? Y cuando lo había imprimido esa mañana, mucho antes de que llegara nadie, me había sentido feliz, incluso orgullosa; había hecho un buen trabajo.

—¿Has hablado con Marvin sobre los últimos datos?
—preguntó.

Asentí, aunque como él no miró hacia arriba, tuve que verbalizar la respuesta.

—Sí. Todos los gráficos están basados en las últimas cifras. —¿Estarían mal? ¿Esperaba otra cosa?

Solo quería que dijera: «Buen trabajo».

Había estado deseando trabajar para Max King desde antes de inscribirme en la escuela de negocios. Él era sinónimo de poder; el trono que se escondía detrás de muchas de las historias de éxito de Wall Street en los últimos años. King & Associates proporcionaba a los bancos de inversión minuciosas investigaciones de mercado que los ayudaban en sus decisiones de inversión. Estaba enamorada de la idea de que había una tonelada de banqueros con trajes a medida proclamando lo ricos que eran, y el hombre que lo había hecho posible se sentía feliz de dedicarse tranquilamente a

su negocio, a pesar de que lo que hacía era asombroso. Discreto, decidido, y con mucho éxito; justo lo que yo quería. Cuando recibí una oferta durante el último semestre en la universidad para ser becaria en King & Associates, me sentí encantada, pero también me vi inundada por la extraña sensación de que el universo simplemente se estaba comportando como debía hacerlo, como si ese fuera el siguiente paso en mi destino.

Aunque la realidad en ese momento era que al destino me estaban dando ganas de mandarlo a la mierda... Las seis primeras semanas en mi nuevo puesto no habían sido nada de lo que esperaba. Había supuesto que estaría rodeada ejecutivos ambiciosos, inteligentes y bien vestidos de veintitantos años, y en eso había tenido razón. Y los clientes para los que trabajábamos —casi todos bancos de inversión de Manhattan— eran increíbles y satisfacían todas las expectativas que yo me había formado. Max King, sin embargo, estaba resultando ser una gran decepción. El hecho era que, a pesar de ser muy inteligente, de ser respetado por todo el mundo en Wall Street y de tener un físico digno de haber colgado de la pared de mi dormitorio en un póster cuando era adolescente, también era...

Frío.

Demasiado directo.

Intransigente.

Un auténtico gilipollas.

Era tan guapo en la vida real como en la foto que había aparecido en la portada de *Forbes* o en cualquiera de las otras imágenes publicitarias con las que había babeado cuando estaba haciendo el máster en Berkeley. Una mañana que fui muy temprano a las oficinas lo había visto llegar de correr, sudoroso, jadeante, con ropa deportiva de licra. Poseía unos muslos tan fuertes que parecían hechos de mármol. Hom-

bros anchos; una potente nariz romana; pelo castaño oscuro y brillante —cualidad desperdiciada en un hombre— y un bronceado que gritaba: «Me voy de vacaciones cuatro veces al año». En la oficina lucía trajes a medida, y sabía que eran trajes hechos especialmente para él porque se ajustaban de esa manera particular a sus hombros, algo que había aprendido de los pocos encuentros que había tenido con mi padre. La cara y el cuerpo de Max King estaban a la altura de todas las expectativas que yo me había formado. Pero trabajar con él, no tanto.

No había esperado que fuera tan tirano.

Cada mañana, mientras atravesaba entre la multitud de escritorios de la oficina, no nos deseaba ni los buenos días. Acostumbraba a gritar tan fuerte cuando hablaba por teléfono que se le oía desde el vestíbulo del ascensor. Por no hablar de lo que había ocurrido el martes pasado, que, cuando pasé a su lado y le sonreí, las venas de su cuello comenzaron a abultarse como si estuviera reprimiéndose para alargar las manos y estrangularme.

Me pasé las manos por la falda de Zara, alisando la tela. Tal vez lo había irritado porque no era tan elegante como las otras mujeres que trabajaban en la oficina. No iba vestida de Prada. Aunque tampoco importaba, porque no podía permitirme nada mejor en ese momento.

Como miembro más joven del equipo, ocupaba la parte inferior de la jerarquía. Lo que significaba que lo mismo me encargaba del pedido de sándwiches del señor King como de desatascar la fotocopidora, y que tenía a todas las compañías de mensajería en marcación rápida. Pero eso era de esperar, y me sentía feliz porque podía trabajar con el tipo al que llevaba años admirando.

Y allí estaba él, negando con la cabeza al tiempo que empuñaba un bolígrafo con la tinta más roja que jamás

había visto. Con cada círculo, con cada histriónico y exagerado signo de interrogación que escribía, yo me encogía un poco más.

—¿Dónde están las referencias? —preguntó sin levantar la vista.

«¿Referencias? Cuando había examinado otros informes de la empresa, no incluían las fuentes en el informe».

—Las tengo en el escritorio.

—¿Ha hablado con Donny?

—Estoy esperando a que me responda. —Cuando me miró, traté de no poner un gesto de dolor. Había hecho dos llamadas al contacto de Max en la Organización Mundial para el Comercio, pero no había conseguido que aquel tipo hablara conmigo.

Movió la cabeza, irritado, cogió el móvil y marcó.

—Hola, colega —dijo—. Necesito conocer la postura de Everything But Arms. He oído que tus chicos están presionando a la UE.... —Max no puso el altavoz del teléfono, así que tuve que limitarme a mirar cómo garabateaba notas sobre el papel—. Sí, me ayudaría mucho con el informe que estoy haciendo sobre Bangladesh. —Sonrió, levantó la vista brevemente, pero miró hacia otro lado cuando sus ojos cayeron sobre mí, como si mi mera presencia lo irritara.

«Guay, lo que faltaba...».

Max colgó.

—He llamado dos veces y...

—La recompensa se obtiene con los resultados, no con el esfuerzo —dijo en tono seco.

¿Así que no daba valor a intentarlo? ¿Qué otra cosa podría haber hecho salvo presentarme en el lugar de trabajo de aquel tipo? Yo no era Max King. ¿Por qué alguien de la Organización Mundial para el Comercio iba a responder a la llamada de una becaria mal pagada?

Dios, ¿es que no podía darme un respiro?

Antes de que tuviera oportunidad de responder, el móvil vibró encima de su escritorio.

—¿Amanda? —ladró al teléfono. Dios mío. Aquella era una oficina pequeña, así que sabía que Amanda no trabajaba en King & Associates. Sentí una extraña satisfacción al ver que no solo era borde conmigo. No le veía interactuar mucho con los demás, pero de alguna manera su actitud hacia mí me parecía algo personal. Y sonaba como si la tal Amanda recibiera el mismo trato brusco que yo.

—No vamos a discutirlo otra vez. He dicho que no —le estaba diciendo.

¿Su novia, quizá? En Page Six nunca habían mencionado que Max saliera con alguien. Pero tenía que ser eso. Un hombre con esa planta, fuera gilipollas o no, no podía estar solo. Y parecía que Amanda tenía el honor de soportarlo fuera de las horas de trabajo.

Después de colgar, lanzó el teléfono bruscamente encima del escritorio, y miró cómo se deslizaba por el cristal hasta detenerse junto al lateral del portátil. Continuó con la lectura mientras se frotaba la frente con sus largos y bronceados dedos como si Amanda le hubiera dado dolor de cabeza. Sinceramente, mi informe no le iba a servir de mucha ayuda.

—No tolero los errores ortográficos, señorita Jayne. No existe excusa para no ser excepcional en algo que solo requiere esfuerzo. —Cerró mi informe de golpe, se sentó en la silla y me miró fijamente—. La atención al detalle no requiere ingenio, creatividad ni pensamiento transversal. Si no puede hacer bien lo básico, ¿por qué debería confiarle algo más complicado?

¿Ortografía? Había leído ese informe miles de veces.

Juntó las yemas de los dedos ante su cara.

—Revíselo siguiendo las anotaciones que he hecho al margen, y no me lo devuelva hasta que no haya errores. La multaré por cada error que encuentre.

«¿Me multará?».

Quise responderle que si pudiera multarlo yo cada vez que fuera un capullo, me haría rica en solo tres meses. Menudo imbécil.

Lentamente, cogí mi informe, preguntándome si tendría algo más que añadir, ya fuera una palabra de aliento o de agradecimiento. Pero no. Así que fui hacia la puerta con el montón de papeles bajo el brazo.

—Ah..., y señorita Jayne...

¿Había más? ¿No me iba a dejar ni un poco de dignidad? Me volví hacia él, conteniendo la respiración.

—Pastrami en pan de centeno, sin pepinillos.

Me quedé pegada al suelo, asimilando el golpe en el estómago.

«¡Menudo gilipollas!».

—Es lo que quiero de almuerzo —añadió, como si no entendiera por qué no me había ido ya.

Asentí y abrí la puerta. Pensé que si no me alejaba en ese momento, me lanzaría por encima del escritorio y le arrancarí­a aquel pelo perfecto.

—¿Cómo te ha ido? —me preguntó Donna, la asistente de Max, cuando cerré la puerta.

Puse los ojos en blanco.

—No sé cómo consigues trabajar para él. Es tan... —Me puse a hojear el informe, buscando los errores ortográficos que había mencionado.

Donna hizo rodar la silla lejos del escritorio y se puso de pie.

—Perro ladrador, poco mordedor. ¿Vas a la tienda de *delicatessen*?

—Sí. Hoy quiere pastrami.

Donna se puso la chaqueta.

—Te acompañaré. Necesito un descanso. —Cogió la cartera y fuimos al centro de Nueva York. Por supuesto, a Max no le gustaba ninguno de los negocios que ofrecían sándwiches cerca de las oficinas. Así que teníamos que desplazarnos cinco manzanas al noreste, al Joey's Café. Al menos hacía sol, y era demasiado temprano para que la humedad convirtiera aquel trayecto al restaurante en una caminata al mediodía por las calles de Calcuta.

—Hola, Donna. Hola, Harper —dijo Joey, el dueño, cuando traspasamos la puerta de cristal. Aquel sitio era exactamente lo contrario del tipo de lugar al que cualquiera esperaría que Max King pidiera el almuerzo. Se trataba claramente de un negocio familiar que no había sido remodelado desde antes de que los Beatles se separaran. Allí no parecía haber cabida para la persona ingeniosa, moderna y despiadada que era Max King.

—¿Qué tal el jefe? —preguntó Joey.

—Oh, ya sabes... —dijo Donna—. Trabajando demasiado, como siempre. ¿Qué es lo que ha pedido hoy, Harper?

—Pastrami en pan de centeno. Con extra de pepinillos.

—Nada como una venganza pasivo-agresiva.

Joey arqueó las cejas.

—¿Con extra de pepinillos? —¡Joder!, por supuesto que Joey conocía las preferencias de Max.

—Vale, vale... —Hice una mueca—. Sin pepinillos.

Donna me dio un codazo.

—Yo tomaré un sándwich de ensalada de pavo con pan de masa madre —dijo, y luego se volvió hacia mí—. Vamos a sentarnos, podemos hablar mientras comemos.

—Que sean dos —le indiqué a Joey.

El lugar poseía unas cuantas mesas con sillas desparejadas. La mayoría de los clientes recogían los pedidos y se iban, pero ese día me venían bien unos minutos extra fuera de la oficina. Seguí a Donna mientras me guiaba a una de las mesas de atrás.

—¿Extra de pepinillos? —preguntó, sonriendo.

—Lo sé. —Suspiré—. Ha sido muy infantil. Lo siento. Ojalá no hubiera sido tan...

—Cuéntame lo que ha pasado, anda.

Le hice un resumen de la reunión, la irritación que había mostrado Max King al saber que no había hablado con su contacto en la Organización Mundial para el Comercio, el sermón sobre los errores ortográficos, así como su falta de aprecio por mi trabajo.

—Oye, dile a Max que los Yankees se merecían todo lo que han obtenido este fin de semana —dijo Joey mientras nos ponía el pedido delante, sobre la superficie de melamina, acompañándolo de dos latas de refresco, aunque no hubiéramos pedido ninguna bebida. ¿Joey hablaba de béisbol con Max? ¿Se conocían bien?

—Se lo diré —dijo Donna, sonriendo—, pero es posible que, si lo hago, deje de ser tu cliente. Ya sabes lo susceptible que es cuando les va bien a los Mets.

—Va a tener que acostumbrarse a eso esta temporada. Y no me preocupa que deje de venir. Lleva comiendo aquí más de una década.

«¿Más de una década?».

—Ya sabes lo que él respondería a eso, ¿verdad? —preguntó Donna, abriendo el paquete de papel que Joey había puesto en la mesa.

—Sí, claro: «Nunca des por seguros a los clientes». —Joey fue tras el mostrador—. ¿Sabes con qué lo hago callar siempre? —preguntó por encima del hombro.

Donna se rio.

—¿Cuando le dices que vuelva después de que su negocio perdure después de tres generaciones y siga en marcha?

Joey señaló a Donna.

—Ahí lo tienes.

—Así que Max viene a comer aquí desde hace mucho tiempo, ¿eh? —pregunté mientras Joey se volvía al mostrador para atender a la fila de gente que se había formado desde que habíamos llegado.

—Desde que trabajo para él. Y van casi siete años.

—Una persona de hábitos. Lo entiendo. —Por lo que había visto, no había mucha espontaneidad en Max.

Donna inclinó la cabeza a un lado.

—Más bien es que posee un enorme sentido de la lealtad. Cuando fue creciendo esta zona y se abrieron locales para almorzar en cada esquina, el negocio de Joey perdió clientes. Pero Max nunca ha ido a ningún otro sitio. Incluso ha traído amigos aquí.

La descripción de Donna no casaban bien con el ególatra frío que acababa de dejar en su despacho. Di un mordisco a mi sándwich.

—Puede que sea desafiante y exigente, un auténtico coñazo, pero esas características forman parte de lo que lo ha llevado a alcanzar el éxito.

Yo quería tener éxito, pero también quería seguir siendo un ser humano decente. ¿Era acaso muy ingenua al pensar que eso era posible en Wall Street?

Donna apretó la rebanada superior de pan sobre el pavo con la punta de los dedos, juntando las capas.

—No es tan malo como crees. Es decir, si te hubiera dicho que tu informe estaba bien, ¿habrías aprendido algo? —Cogió el sándwich—. No puedes pretender que te salga bien a la primera. Y, con respecto a los errores tipográficos:

¿estaba equivocado? —Dio un mordisco y esperó a que yo respondiera.

—No. —Me mordí el interior del labio—. Pero tienes que admitir que su estilo da asco. —Saqué un trozo de pavo de debajo del pan y me lo llevé a la boca. Había trabajado muy duro y esperaba algún tipo de reconocimiento por ello.

—A veces. Hasta que le hayas demostrado tu valía. Pero una vez que lo hayas hecho, te respaldará por completo. A mí me contrató sabiendo que era madre soltera, y se ha asegurado de que nunca me perdiera un partido, función o reunión de la asociación de padres. —Abrió la lata de refresco—. Cuando mi hija tuvo la varicela justo después de que empezara a trabajar con él, intenté cumplir el horario de todos modos, y te aseguro que nunca lo he visto tan enfadado. Cuando me vio llegar, me hizo salir del edificio y me envió de vuelta a casa. Mi madre estaba cuidando a mi hija, así que estaba bien atendida, pero él insistió en que me quedara en casa hasta que ella pudiera volver al colegio.

Tragué saliva. Eso no encajaba con el Max que yo había conocido.

—Es un buen tipo. Está concentrado y motivado con su trabajo. Y se toma en serio la responsabilidad para con sus empleados, en especial si tienen potencial.

—No veo que se tome muy en serio ninguna otra responsabilidad que ser un gilipollas condescendiente.

Donna se rio.

—Estás en King & Associates para aprender, para mejorar. Y él te va a enseñar, pero diciéndote que has hecho un buen trabajo no te va a ayudar.

Cogí una servilleta del anticuado dispensador que había en el borde de la mesa y me limpié las comisuras de la boca.

—¿Cómo me ha ayudado hoy, si ha destrozado por completo mi seguridad en mí misma?

—Si hubieras sabido cómo se desarrollaría la reunión de hoy, ¿qué habrías hecho de forma diferente? —preguntó Donna.

Me encogí de hombros. Había hecho un buen trabajo, pero él se había negado a reconocerlo.

—Venga ya. No puedes decirme que lo harías todo exactamente igual.

—Vale, no. Habría imprimido las referencias y las habría llevado a la reunión.

Donna asintió.

—Bien. ¿Y qué más? —Dio otro mordisco a su sándwich.

—Probablemente hubiera intentado hablar con el contacto de Max en la Organización Mundial para el Comercio unas cuantas veces más, tal vez le habría enviado un correo. Podría haberme esmerado más para ponerme en contacto con él. Y habría hecho una revisión final del documento. —Teníamos servidor nocturno, pero como había trabajado hasta tarde en el informe, me había pasado de la hora límite. Debía haberme asegurado de que estuviera listo a tiempo.

Levanté la vista al coger el sándwich.

—No digo que no haya aprendido nada. Solo que creía que sería más amable. Hace mucho tiempo que quiero trabajar con él, y no me imaginaba que querría darle un puñetazo en la cara tan a menudo.

Donna se rio.

—Eso, Harper, es lo que pasa cuando se tiene jefe.

Vale, aceptaba que Max fuera amable con Donna y Joey; por lo que parecía así era. Pero no había sido amable conmigo. Lo que solo servía para empeorar la situación. ¿Qué le había hecho yo? ¿Me había elegido para darme un tratamiento especial? Sí, mi informe podía estar mejor, pero a pesar de lo que había dicho Donna, no me merecía la reacción que él había tenido. Podría haber reconocido lo que estaba bien.

La consecuencia de todo ello era que mis expectativas de trabajar con Max se habían volatilizado, y no me quedaba más remedio que concentrarme en sacar en claro lo que pudiera de la experiencia y seguir adelante. Revisaría el informe y se lo haría llegar perfecto. Aprendería todo lo que pudiera trabajando para King & Associates, establecería un montón de contactos, y dentro de dos años estaría preparada para establecerme por mi cuenta, o para trabajar directamente en un banco.

No tenía ni idea de cómo había convencido a mi mejor amiga, Grace, para que me ayudara a mudarme a mi nuevo apartamento. Habiéndose criado en Park Avenue, no estaba preparada para trabajos físicos intensos.

—¿Qué hay ahí dentro...? ¿Un cadáver? —preguntó mientras el sudor que le perlaba la frente reflejaba la luz del ascensor.

—Sí, el de mi última mejor amiga. —Hice un gesto con la cabeza señalando el viejo cofre de pino que había a nuestros pies y lo que quedaba en el camión—. Ahí hay espacio para otra. —Me reí.

—Será mejor que haya vino en la nevera. —Grace se abanicó la cara—. No estoy acostumbrada a hacer tanto ejercicio con la ropa puesta.

—Entonces deberías estar agradecida. Estoy expandiendo tus horizontes —respondí con una sonrisa—. Así es la vida de las chicas normales.

Había estado viviendo en casa de Grace desde que me trasladé de Berkeley a Nueva York, hacía casi tres meses. De hecho, Grace había sido muy comprensiva cuando mi madre envió todas mis pertenencias a su apartamento en Brooklyn, pero ahora que la había convencido para que me ayudara a

llevarlo todo a mi nuevo hogar, su paciencia se estaba acabando.

—Y soy demasiado pobre para tener nevera y vino. —El alquiler de aquel estudio era carísimo. Pero se encontraba en Manhattan, y eso era todo lo que me importaba. No iba a ser una neoyorquina que viviera en Brooklyn. Quería disfrutar la experiencia por todo lo alto, así que había renunciado al espacio en favor de la ubicación: un discreto edificio victoriano en la esquina de Rivington y Clinton en Lower Manhattan. Los edificios a ambos lados estaban cubiertos de grafitis, pero ese lugar había sido recuperado en los últimos tiempos, y me habían asegurado que estaba lleno de jóvenes profesionales, pues se encontraba muy cerca de Wall Street. ¿Profesionales de qué? ¿Sicarios?

—Va a quedar... acogedor —dijo Grace—. ¿Estás segura de que no quieres que pregunte cuánto cuesta el que hay enfrente del mío?

El apartamento que había tenido en Berkeley era al menos dos veces más grande que mi nuevo hogar. La casa de Grace en Brooklyn podría considerarse un palacio en comparación con ese estudio, pero a mí no me importaba que fuera pequeño.

—Sí. Esto es lo que realmente forma parte de la experiencia de vivir en Nueva York, ¿no crees?

—También lo son las cucarachas, pero no tienes que convivir con ellas. La idea es evitarlas. —Grace era la típica persona que intentaba mejorar en lo posible la vida de los demás, y esa era una de las razones por las que la adoraba.

—Sí, pero quiero estar en el meollo de todo. Además, hay gimnasio en el sótano, así que me ahorro ese dinero. Y tampoco voy a gastar en los traslados entre Brooklyn y Manhattan. Desde aquí puedo ir andando al trabajo. ¡Joder!,

prácticamente puedo ver la oficina desde la ventana de mi dormitorio.

—Pensaba que odiabas el trabajo. ¿No sería mejor que estuvieras más lejos? —preguntó mientras la puerta del ascensor se abría en mi piso.

Me incliné para sujetar el fondo de la caja de madera.

—No odio el trabajo. Odio a mi jefe.

—¿El sexy? —preguntó Grace.

—¿Puedes cogerla bien por tu lado? —pregunté. No quería que me recordaran la posición que ocuparía mi jefe en una lista de hombres sexis. Moví una pierna para intentar detener el cierre de las puertas automáticas—. Mierda... ¿Lo tienes? —Nos tambaleamos hacia delante, girando a la izquierda hacia la puerta de mi apartamento.

—Para estas cosas necesitaríamos a un hombre —afirmó Grace mientras yo buscaba las llaves.

—A los hombres los necesitamos para el sexo y para que nos den masajes en los pies —respondí—. Podemos mover los muebles nosotras mismas.

—A partir de ahora, tú puedes mover muebles. Yo me buscaré un hombre.

Abrí la puerta y deslizamos la caja hasta el salón.

—Déjala aquí hasta que decida si debe ir o no a los pies de la cama.

—¿Dónde está el vino que me has prometido? —Grace me empujó a un lado y se desplomó en el pequeño sofá de dos plazas.

A pesar de lo que había dicho antes, tenía nevera, y lo único que contenía era dos botellas de vino y un trozo de queso parmesano.

—¿Qué decías del jefe sexy? Creía que te habías convertido en una adepta de Max King mientras estabas en Berkeley. ¿Qué ha cambiado?

Le ofrecí a Grace una copa de vino, me senté y me quité las zapatillas. No quería pensar en Max ni en la forma en que me hacía sentir: inútil, fuera de lugar e incómoda.

—Creo que necesito actualizar mi vestuario de trabajo. —Cuanto más pensaba en lo que me había puesto para reunirme con Max, más me daba cuenta de que debía sobresalir de forma no muy agradable entre los modelos de Max Mara y de Prada tan habituales en Wall Street.

—Estás bien. Siempre tienes buen aspecto. ¿Acaso estás tratando de impresionar a tu jefe, el cachondo?

Puse los ojos en blanco.

—Eso sería imposible. Es el hombre más arrogante que hayas conocido jamás. Para él, nada es lo suficientemente bueno.

La conversación con Donna en el almuerzo del día anterior había aplacado temporalmente la furia que sentía contra Max, pero al levantarme había vuelto a ponerse en pleno apogeo. Puede que fuera el mejor en lo que hacía y que estuviera tan bueno que te derretías si te acercabas demasiado, pero eso no excusaba su condescendencia. No iba a dejar que me usara de *sparring*. Lo odiaba. Decidida a demostrarle que se había equivocado conmigo, me había llevado a casa el informe de Bangladesh para trabajar en él durante el fin de semana. Muchos de los comentarios que había hecho indicaban que sabía mucho más sobre la industria textil en Bangladesh que yo, incluso después de la investigación que yo había estado haciendo. ¿Todo este proyecto no sería solo una prueba? Lo fuera o no, iba a pasar el resto del fin de semana rehaciendo mi trabajo para que se convirtiera en el mejor que él hubiera visto en su vida.

—¿Nada es nunca lo suficientemente bueno? —preguntó Grace—. Me es familiar.

—Puede que sea un poco perfeccionista, pero no tengo nada personal contra él. Créeme. Puse todo mi empeño en

un trabajo que me encargó, y luego lo hizo pedazos. No dijo nada bueno al respecto.

—¿Por qué dejas que te trate así? —Se encogió de hombros.

¿Por qué permitía que su trato me molestara tanto? Porque quería ser buena en mi trabajo; porque quería que Max se diera cuenta de que era buena en mi trabajo.

—Me esforcé mucho y fue un buen trabajo. Es un imbécil.

—¿Y? Si es un mamón, ¿por qué su opinión te importa tanto? —Grace vivía en Estados Unidos desde los cinco años, pero aún conservaba algunas expresiones muy británicas, típicas de su familia. Una de mis favoritas era «mamón». En especial porque a Max King le sentaba como un guante.

—No digo que me importe. Solo que estoy cabreada por ella. —Aunque sí me importaba, por mucho que lo negara.

—¿Qué esperabas? Un hombre tan rico y guapo está destinado a tener algún defecto. —Se encogió de hombros y tomó un sorbo de vino—. No puedes dejar que te afecte tanto. Tus expectativas con los hombres son demasiado altas. Vas a pasarte toda la vida de decepción en decepción.

Comenzó a sonar mi móvil.

—Hablando de decepciones. —Le enseñé a Grace la pantalla. Era el abogado de mi padre.

—Aquí Harper —respondí.

—Señorita Jayne. Soy Kenneth Bray. —¿Por qué me llamaba en fin de semana?

—Sí, señor Bray. ¿En qué puedo ayudarlo? —Puse los ojos en blanco mientras miraba a Grace.

Al parecer, mi padre me había creado un fondo fiduciario. Las cartas que recibía al respecto estaban guardadas en el baúl que acabábamos de sacar del camión. No había respondido a ninguna de ellas porque no quería el dinero de mi

padre. Había empezado a aceptar su dinero en la universidad. Pensaba que me debía mucho, pero después de un año, busqué un trabajo y dejé de cobrar los cheques que me enviaba. No podía aceptar dinero de un extraño, aunque estuviera genéticamente relacionado conmigo.

—Nos gustaría que se pasase por el bufete para que podamos contarle en detalle las condiciones del fondo fiduciario que su padre ha creado para usted.

—Agradezco su persistencia, pero no me interesa el dinero de mi padre. —Lo único que siempre había querido era un hombre que estuviera en mis cumpleaños, que asistiera a las funciones del colegio o a cualquier otro evento importante. Grace estaba equivocada: mis expectativas con respecto a los hombres estaban por los suelos. Y lo había provocado que mi padre fuera una figura ausente en mi infancia. No esperaba nada de los hombres, salvo decepciones.

El señor Bray trató de convencerme para que me reuniera con él y me resistí. Al final le dije que leería el papeleo y que lo llamaría.

Colgué y respiré hondo.

—¿Estás bien? —preguntó Grace.

Limpié el borde del vaso con el pulgar.

—Sí —afirmé. Era más fácil todo cuando podía fingir que mi padre no existía. Cuando tenía noticias de él, o incluso de su abogado, me sentía como Sísifo viendo rodar la roca por la colina. Me ponía de nuevo en el punto de partida, y todas mis fantasías de cómo hubiera sido tener un padre diferente, una vida diferente, una familia diferente, fantasías que normalmente me las arreglaba para encerrar bajo llave, salían apresuradamente a la superficie.

Mi padre había dejado embarazada a mi madre; luego se había negado a hacer lo correcto, a casarse con ella. Nos

había abandonado a las dos. Nos enviaba dinero, así que se había encargado de nosotras financieramente. Pero lo único que yo realmente quería era un padre. Al final, todas las promesas rotas se habían convertido en una montaña que no podía traspasar. Fiestas de cumpleaños en las que siempre vigilaba la puerta, esperando que apareciera, se habían cobrado su precio. Había habido demasiadas navidades en las que lo único que le había pedido a Santa Claus era a mi padre. El verdadero problema había sido su ausencia en mi vida, porque me sentía como si siempre hubiera alguien por delante de mí, otro lugar en el que prefiriera estar. Me había quedado con la sensación de que no merecía el tiempo de nadie.

—¿Quieres hablar sobre ello? —preguntó Grace.

Sonreí.

—Por supuesto que no. Quiero emborracharme con mi mejor amiga para estrenar mi apartamento nuevo. Tal vez cotillear de todo un poco y tomar helado.

—Esa es nuestra especialidad —respondió Grace—. Y ¿podemos hablar de chicos?

—Podemos hablar de chicos, pero te advierto que si intentas liarme, te daré una patada en el culo que te mandará de vuelta a Brooklyn.

—Pero aún no sabes con quién será.

Me reí. Era tan fácil de adivinar sus intenciones...

—No me interesa salir con nadie. Estoy centrada en mi carrera. Así no podré resultar decepcionada.

Las palabras de Max King, «La recompensa se obtiene con los resultados, no con el esfuerzo», resonaron en mis oídos. Tenía que hacerlo mejor, trabajar más duro. No me quedaba tiempo para citas o salidas.

—Eres tan cínica... No todos los hombres son como tu padre.

—No he dicho que lo sean. No ejerzas de psicóloga aficionada conmigo. Solo quiero adaptarme a vivir aquí en Nueva York. Las citas no son una prioridad. Eso es todo. —Tomé un sorbo de vino y me senté encima de mis piernas.

Conseguiría impresionar a Max King si me mataba a trabajar. Había seguido su carrera con tanta atención que me sentía como si lo conociera. Pero me había imaginado a mí misma como su protegida. Había fantaseado con la idea de que empezaría a trabajar para él y me diría que nunca había conocido a nadie con tanto talento. Había supuesto que al cabo de unos días podríamos terminar las frases del otro y chocaríamos los cinco al vernos. Y, lo admito, puede que hubiera tenido un par de sueños húmedos con él.

Pero todo eso había sido antes de que lo conociera en persona. Había sido una idiota.

—Para el sexo —dije en voz alta—. Para eso sirven los hombres. Quizá me busque un amante.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Grace.

Pasé el dedo por el borde de la copa.

—¿Para qué más los necesitamos?

—¿Para ser amigos?

—Ya te tengo a ti —le contesté.

—¿Para que nos den apoyo emocional?

—Insisto, esa es tu labor. Compartes conmigo helado, vino y un exceso de gasto ocasional en diversas tiendas.

—Y es una labor que nos tomamos muy en serio. Pero ¿qué pasará cuando quieras tener hijos? —preguntó Grace.

Los niños eran lo último que tenía en la mente. Mi madre había cambiado de carrera, de trabajar en un banco a ser profesora, para poder pasar más tiempo conmigo. Estaba segura de que yo no sería capaz de hacer tal sacrificio.

—Si alguna vez me pongo a pensar en esas cosas, iré a un banco de esperma. A mi madre le funcionó muy bien.

—Tu madre no fue a un banco de esperma.

Tomé un trago de vino.

—Bien podría haberlo hecho. En lo que a mí respecta, no tengo padre.

—Pásame el iPad. Quiero echarle otro vistazo a ese jefe tan sexy que tienes.

Gemí.

—No, por favor... —Cogí la *tablet* de la mesita que había junto al sofá y se la entregué, a mi pesar.

—Max King, ¿verdad?

No respondí.

—En serio, es ridículamente guapo. —Grace amplió la pantalla. Me negué a mirarlo. No merecía mi atención.

—Cierra eso. Ya es suficiente con que tenga que lidiar con él de lunes a viernes. Déjame disfrutar del fin de semana sin tener que mirar esa cara de arrogancia. —Eché un vistazo a la imagen de la portada de *Forbes* que Grace había encontrado en Google. Brazos cruzados, expresión severa, labios carnosos.

Un mamón.

Un golpe sobre mi cabeza me llamó la atención y miré hacia el techo. La preciosa lámpara de cristales se balanceaba de lado a lado.

—¿Acaba de estallar una bomba? —pregunté.

—Parece que tu vecino de arriba acaba de tirarle un yunque al Correcaminos.

Me llevé el dedo a los labios y escuché con atención. Los ojos de Grace se abrieron de par en par, ya que lo que había empezado como un murmullo incoherente se había transformado en el inconfundible sonido de una mujer teniendo sexo.

Jadeando. Gimiendo. Suplicando.

Luego otro golpe. ¿Qué coño estaba pasando allí arriba? ¿Había más de dos personas involucradas?

Golpes de cachetes seguidos por el sonido de una mujer gritando. Noté que me subía el rubor por el cuello y que se me extendía por las mejillas. Alguien se estaba divirtiendo mucho más que nosotras esa tarde de sábado.

Una voz inequívocamente masculina gritó «¡Joder!» y los gritos de la mujer se volvieron más urgentes y desesperados. El golpe de un cabecero contra la pared se oía cada vez más fuerte. El gemido ahogado de la mujer sonaba casi histérico. La lámpara comenzó a balancearse con más intensidad, y noté que las vibraciones de cualquier mueble pegado a la pared bajaban por el techo y llegaban directamente a mi ingle. Apreté los muslos justo cuando el hombre clamó al cielo y ella dio un último y agudo alarido que resonó en mi nuevo apartamento lleno de cajas.

En el silencio que siguió, el corazón casi se me salió del pecho. Estaba medio admirada por lo que había escuchado; y medio avergonzada por haber sido testigo involuntaria de algo tan personal.

Alguien, a menos de tres metros de mí, se había corrido por todo lo alto.

—Creo que me gustaría conocer a ese tipo —dijo Grace cuando quedó claro que las relaciones sexuales habían terminado—. Sin duda parecía que sabía lo que estaba haciendo.

—Creo que son muy... compatibles. —¿Alguna vez había estado tan desesperada durante el sexo, tan necesitada de un orgasmo? Sabía cómo eran los sonidos de una mujer que exageraba en la cama. La mujer del piso de arriba no había estado fingiendo. Al igual que los sobresaltos en las partes de sustos de una película de terror, los sonidos de esa mujer habían sido involuntarios.

—Ahí arriba acaban de disfrutar de un sexo excelente. Tal vez deberías llamar a su puerta y sugerirles un trío.

Puse los ojos en blanco.

—Sí, y de paso les pido una taza de azúcar.

Las pisadas resonaron en el techo.

—Ni siquiera se ha quitado los tacones —anunció Grace—.

Qué evocador...

El golpeteo resonó en el techo hasta llegar sobre el baúl de madera. La puerta de arriba crujió y luego se cerró de golpe. El sonido de pasos desapareció.

—Bueno, ella ha conseguido lo que quería y se ha marchado. No vas a necesitar tele en este lugar. Puedes sintonizar el culebrón que será la vida de tu vecino.

—¿Crees que era una prostituta? —pregunté. No era normal que una mujer se fuera menos de cinco minutos después de un orgasmo de ese calibre. Seguramente se quedaría para coger oxígeno o para un segundo asalto, ¿verdad? Joder, ni siquiera estaba segura de que yo hubiera podido levantarme, y mucho menos andar con tacones, ni siquiera una hora después de haber experimentado algo así.

—¿Una prostituta? Pues qué afortunada... —se rio Grace—. Pero no lo creo. Un tipo que puede arrancar esos gemidos de una mujer no necesita pagar por sexo. —Se inclinó hacia delante y dejó el vaso vacío en una de las docenas de cajas que había en el apartamento—. Bueno, me voy a casa para disfrutar un rato con mi vibrador.

—Demasiada información para mí.

—Mantenme informada de las andanzas de tus vecinos. Y si te tropiezas con ellos, trata de hacerles una foto.

—Sí, porque si te vas a masturbar pensando en mis vecinos, te iría bien tener imágenes. —Asentí sarcásticamente—. Eres una perversa. Lo sabes, ¿verdad?

Grace se encogió de hombros y se puso de pie.

—Es mejor que el porno.

Tenía razón. Solo esperaba que no fuera a disfrutar de ello como de un espectáculo habitual. Ya me sentía bastante inepta en el trabajo. No necesitaba tener la misma sensación en casa.